

Aficionado

Siempre igual: abre su cuaderno de tapas duras, saca cualquier pluma y empieza. Escribe durante horas, incansable, intentando crear. Cuentos, novelas, ensayos, poemas; da lo mismo: me llama, esperanzado por la supuesta genialidad de su obra. Me da vida, cambia mi personalidad, me ubica en un ambiente mediocre. Y me deja ahí. Solo. Aburrido.

Un detective envejecido, algo arrugado, investiga el asesinato de un marido amoroso. ¿Un policial? Trillado. Un edificio viejo, húmedo, sombrío. Me siento en una oficina atiborrada de botellas de licor y manchas en la alfombra. Nada pasa. Espero varias horas hasta que decide revivir la emocionante trama en la que me tiene atrapado: entran tacos aguja, escote pronunciado y labios carmín, se acomodan en la silla destartada frente a mi escritorio y muestran fotos comprometedoras. Tenemos un dialogo apurado, falto de signos de puntuación. Tacos, escote y labios se esfuman en el aire. Se arrugan escritorio, manchas, edificio y botellas de licor. Alimento para el cesto.

Una mansión victoriana en las afueras de una asquerosa ciudad, hogar de algún noble corrupto y su primogénita inmaculada. Un cuarto rosa, un jardín reglamentario. Yo afuera. ¿Cantando? Que estupidez. Una joven, preferentemente rubia, se asoma en el balcón de su privilegiado hogar. Grita: ya conoces la respuesta a tus cantos. Me voy. Se rasgan jardín, cuarto y mansión en tiras uniformes. Al menos terminó rápido

Un maniático suelto, recién escapado de un instituto psiquiátrico, recorre las tranquilas calles de un suburbio inesperado. Me lo cruzo. Me mata. Fin.

Recorro templos, playas, ciudades, castillos embrujados y cientos de historias inconclusas hasta que se cansa. Tacha oraciones, rompe hojas y tira el cuaderno donde piensa no lo volverá a encontrar. Espero que algún día haga lo correcto: prestarme su pluma y dejarme ser.

Agustín Capeletto

Todos los derechos (e izquierdos) reservados
www.intentosliterarios.com.ar